

1

Al colarse por los grandes ventanales del salón de juegos, los rayos del sol parecían jirones de oro fundido hundiéndose en un lago cristalino. En el fondo de esa charca imaginaria descansaban los ancianos que vivían en el hogar de la tercera edad "Juanita la Larga", abierto hacía apenas unos meses en la localidad de Villalegre. Entre ellos estaba Carmen, a la que nadie en el pueblo conocía si no se le ponía el sobrenombre de "la de la casilla de Don Miguel".

Mientras se escuchaba en la televisión el parloteo incesante de algún político, Carmen tenía fija su mirada en un rayo áureo que se había posado justo sobre la mano que tenía apoyada en la mesa. Le encantaba ver la sombra que proyectaba el astro rey sobre los pliegues de su piel, pues cada zona sombría era un triunfo de vida, una victoria incontestable a las penalidades que había sufrido. Cada arruga era un canto a la proeza de haber sobrevivido a los años de tortura, cada mancha de su dermis era una dedicatoria al amor que se fue y que todavía le esperaba allá donde vayan las almas arrancadas de su cuerpo. Ella misma se dio cuenta de los pensamientos triunfales que surcaban su mente. Al repensar el asunto, una sonrisa apareció en la comisura de sus labios y se preguntó si todos los recuerdos que rondaban su cabeza no tendrían que ver con la visita que estaba esperando. Seguramente era así, pues si bien ella había contado mil y una veces la historia de la casilla de Don Miguel, nunca había sido para que su oyente la plasmara en un artículo. ¿Que sentirían los jóvenes del recién estrenado milenio al leer las historias de una España herida por la guerra, que dio poder a hombres malvados en decremento del bienestar de su gente más humilde?

2

El hogar de ancianos era un edificio grande de fachada blanca. Una mole de marfil que guardaba en su interior la sabiduría de los años vividos. Cuando Marta llegó a la puerta se percató de que no había ningún tipo de vigilancia. El tesoro vital que guardaba aquella casa era incalculable en experiencia, pero poco valorado en los tiempos que corrían. Cuando atravesó la puerta y el gran recibidor que daba la bienvenida a las visitas, enfiló el primer pasillo que vio a su derecha. Al final del corredor se encontraba el gran salón de ocio en el que a estas horas estarían la mayoría de los residentes, entre ellos la señora a la que había venido a visitar. Mientras recorría el largo pasillo de color verde claro, Marta pensaba en la suerte que había tenido al encontrar un tema adecuado para su trabajo de final de carrera. Si su abuelo no se hubiera enterado por un amigo de que Carmen "la de la casilla de Don Miguel" estaba viviendo en la nueva residencia, Marta nunca hubiera conocido la historia de aquella mujer que capeó lo peor de la dictadura como un barco azotado por la tormenta. La historia que su abuelo le contó se convirtió en seria candidata a ser la columna

vertebral del reportaje que le serviría para terminar sus cuatro años de periodismo.

Cuando abrió la puerta de cristal translúcido que estaba al final del pasillo, Marta pudo ver el salón de recreo de la residencia. Era una habitación gigantesca de forma octogonal, iluminada por la luz del Sol que entraba a borbotones por los inmensos ventanales que hacían de paredes. Una serie de columnas recorrían el perímetro de la sala como guardianes de los enormes cristales. Entre estos pilares se distribuían más de una docena de grandes mesas con sus respectivas sillas donde los residentes practicaban distintas actividades. En el centro de la sala había esparcidos más de una veintena de sillones donde descansaban cómodamente algunos ancianos. Muchos simplemente dormían, pero los demás veían un enorme televisor en el que aparecía un señor de traje hablando de forma altiva. “Un consejero de la Junta”, pensó Marta mientras cerraba la puerta sin dejar de mirar la televisión. Al soltar el pomo, un apuesto joven ataviado con un pijama de enfermero se percató de su presencia. Ella lo reconoció enseguida. El muchacho se le acercó sonriendo con sus bonitos ojos azules brillando entre los párpados y sin esperar saludo alguno, le dijo:

- Un poco joven para entrar en mis dominios, ¿No?

- ¿Sus dominios?, esto lo ha pagado el pueblo, por lo tanto son tierras comunales, maese Carlos.- contestó Marta con la voz más solemne que podía poner, lo que hizo que ambos rompieran en una sonora carcajada. Cuando dejaron de reír, el muchacho preguntó:

- ¿Vienes a ver a Carmen?

- Sí, y estoy muy nerviosa, así que déjate de tonterías -riñó la muchacha al joven.

- No tienes que estarlo. Carmen es una de las mujeres más dulces que existen-dijo el muchacho frunciendo el ceño-. Desde que yo le controlo la medicación, no ha tenido ninguna alucinación.

- Lo sé, no era por eso -contestó Marta agachando levemente la cabeza-, estoy nerviosa porque su historia es muy importante para mi trabajo...no me refería a su enfermedad...

- Estupendo, pues si me sigues te diré donde está -dijo el joven enfermero indicando el camino a la muchacha con una jocosa reverencia que rompió la tensión del momento.

La anciana estaba sentada en una de las mesas del salón, mirando por los ventanales. Parecía ignorar la televisión, pues las vistas del jardín de la residencia eran mucho más interesantes. Lo primero que sintió Marta al contemplar a aquella anciana, era la tranquilidad que irradiaba. La misma tranquilidad que siente uno cuando llega de trabajar y sabe que tiene toda una tarde de descanso. La paz que emanaba el rostro de aquella mujer se contagió a la mente nerviosa de la muchacha, haciendo que la incertidumbre que traía de casa se disipara como un rayo que toca tierra. Carlos las presentó de súbito e indicó a Marta que se sentara frente a la anciana:

- Carmen, ella es la persona que estaba esperando -dijo Carlos con una voz cargada de cariño.

- ¿Ella es el periodista?- preguntó Carmen contrariada, pero enseguida su rostro torno en una sonrisa sincera-, pero si es una muchacha, ¡Que sorpresa!, ¡Que alegría de juventud!

- Y es muy buena, señora Carmen, no conozco a nadie que pueda escribir su historia mejor que ella -contestó el joven cuidador guiñando un ojo a la muchacha-, y ahora ¡manos a la obra!

Acto seguido, Carlos se dio media vuelta y se dirigió a una de las mesas donde se estaba jugando una disputada partida de chinchón. Marta lo siguió con la mirada y cuando volvió su atención a la mujer que tenia sentada enfrente, ésta le miraba fijamente mientras sonreía.

- ¿Es guapo, verdad? -preguntó la anciana a bocajarro. Marta se ruborizó un segundo.

- Y muy pamplinas... pero somos buenos amigos, nos hemos criado juntos en la misma calle.

- Pues si yo tuviera edad de merecer, ése no se me escapaba -dijo la anciana con una sonrisa pícaro en los labios-. Pero estás aquí para escribir algo, no para escuchar tonterías.

- Si señora Carmen. Estoy muy agradecida de que usted se preste a contar su historia -contestó Marta mientras sacaba de su maletín un cuaderno, un bolígrafo y una pequeña grabadora.

- Muy bien, pero antes tengo que hacerte una pregunta -dijo la anciana entornando los ojos-. ¿Quieres que te cuente la historia como siempre la he contado, o quieres realmente saber cómo la viví yo?-Marta se mostró confundida, por lo que Carmen se explicó-. Sabes de mi enfermedad. Las visiones me acompañan desde que era pequeña, pero éstas se volvieron más intensas cuando conocí al lobo negro. Así que te pregunto otra vez. ¿Que versión quieres?

Marta supo enseguida qué tenia que contestar, pues ella ya había escuchado la historia real, la que todo el mundo contaba. Pero nadie le había hablado de ningún lobo negro. Éste seguramente tuviera que ver con las alucinaciones que la enfermedad de Carmen proyectaba en su mente.

- Quiero su historia, Carmen, la que cuentan por ahí ya la sé -contestó Marta muy segura.

- Entonces tengo que empezar por la mañana en la que mi Pedro fue a la casilla de Don Miguel...

3

La mañana era limpia cuando Carmen abrió la ventana del dormitorio de matrimonio. Pedro estaba tumbado en la cama con el cuerpo todavía sudoroso después de la demostración de amor matutina. Carmen respiró hondo el aire que entraba por la ventana, puro como el beso de un niño. Al darse la vuelta se encontró a Pedro sentado en el filo de la cama mirándola fijamente. No era hombre de muchas palabras, pero ella sabía de sobra que en esa mirada iba disuelto un “te quiero”. El muchacho no pasaba los veinticinco años de edad y estaba en la plenitud de la vida. De pelo azabache y tez morena, sus ojos verdes resaltaban sobre el tono oscuro del conjunto. El joven

labriego se levantó sin decir nada y se dirigió al sillón donde solía desvestirse antes de dormir. Mientras se colocaba las ropas de labor, Carmen volvió a la cama donde todavía pasaría un ratito más. El joven la miró sonriendo y preguntó:

- ¿Para qué te levantas si vas a volver a acostarte?, todas las mañanas haces lo mismo.

- Pues para ver el brillo de esos ojos verdes que tanto me gustan...-contestó la muchacha mientras se tapaba la cara con la sábana, fingiendo vergüenza. Pedro soltó un suspiro y cambió de tema.

- Hoy, después de terminar en la finca, vamos a ir a la casilla de Don Miguel. Me ha dicho Tomás que cuando volvía de la sierra ha escuchado ruidos entre las ruinas. ¡Está casi seguro de que son jabalíes! ¿te imaginas que traemos un jabalí enterito? -dijo Pedro orgulloso.

- ¿Esos animales no son peligrosos? -preguntó la muchacha destapándose de golpe-, vaya a ser que os ataque y no podáis volver. Ese montón de ruinas está muy lejos.

- No te preocupes, Tomás le ha pedido a su padre la escopeta -dijo Pedro intentando calmar a su esposa-, si hay un jabalí, seguro que lo matamos antes de que se acerque a menos de cinco metros.

-¿Y no tendréis problemas con el teniente Velasco? -mientras pronunciaba la pregunta, la preocupación dio paso al miedo en la voz de Carmen.

- Si se lleva parte del botín no creo que ponga impedimento alguno -dijo el labriego terminando de atarse las botas-, no tienes que preocuparte.

Pero la muchacha sí se preocupó, y con razón. Todo el mundo había tenido pavor a ese guardia civil desde que llegó al pueblo hacía ya siete años, apenas terminada la guerra. Sus técnicas de caza a los que él llamaba “diablos rojos”, sólo eran superadas en crueldad por sus interrogatorios. Los gritos que salían del pequeño cuartel cuando había alguien prisionero, helaban la sangre hasta del más valiente. Y lo que les pasaba a las familias de los apresados no era mejor. Si tenían suerte, los varones eran apaleados y humillados en público, pero si el teniente Velasco veía indicios de colaboración directa con los “rojos”, su destino estaba al final del cañón de un fusil. Las mujeres eran otro cantar, pero no menos cruel. El teniente era experto en el uso de la tijera de rapar y el aceite de ricino, amén de las mantas mojadas y los golpes sin marca. Esos años fueron duros en el pueblo, al igual que en toda España. Gracias a este pérfido currículum, el teniente Baldomero Velasco tenía ahogada el alma de todo el pueblo, que ahora comía de la palma de su miserable mano. El miedo de Carmen estaba más que justificado.

Mientras su marido comía lo poco que había en la despensa, Carmen apuraba sus últimos momentos en la cama sin dejar de pensar en las consecuencias de la caza del jabalí. Que el marrano pudiera herir a los jóvenes no era muy probable, pues ya habían cazado juntos muchas veces. Pero

que al teniente le pudiera molestar que dos hombres llevaran una escopeta sin su permiso, eso sí era probable, y las consecuencias podían ser mucho peores que la embestida de un puerco de doscientos kilos. En mitad de estos pensamientos, un zumbido muy familiar empezó a vibrar en la cabeza de Carmen. “No puede ser...”, dijo para a sí misma. Fue en ese momento cuando la joven pudo ver por el rabillo del ojo cómo una sombra se colaba fugaz por el umbral de la puerta del dormitorio. Casi instintivamente, Carmen se incorporó y descubrió a los pies de la cama un siniestro visitante. Fue la primera vez que vio al lobo negro.

La figura que se erguía delante de ella carecía de la majestuosidad y belleza innata de los habitantes lupinos de la sierra. De su cuerpo contrahecho y esquelético, salían cuatro patas largas y huesudas que parecían mancillar el suelo que pisaban. Su vientre, enjuto y hundido, daba la impresión de ser el estómago insatisfecho de una aberración del infierno. El pelaje oscuro carecía de brillo y estaba impregnado de una sustancia viscosa y muy oscura que reflejaba un escarlata apagado. El rostro alargado de aquella bestia estaba coronado por dos orejas peladas de las que brotaban pústulas oscuras, y terminaba en un hocico repleto de colmillos amarillentos. Y los ojos...esos ojos rebosantes de un verde intenso hacían que el alma del que los miraba se encogiera de temor. Carmen no podía moverse mientras el lobo la observaba. Estaba paralizada por el miedo. Esperaba que la bestia saltara sobre ella en cualquier momento, pero en vez de eso, el gigante lupino giró la cabeza y empezó a lamer el sillón donde hacía escasos minutos estaba sentado su marido. En el sillón habían aparecido unas manchas del mismo color y textura de la sustancia que impregnaba el pelaje de la bestia. La joven se preguntaba qué era aquello que manchaba sillón y lobo...la respuesta le vino por el olfato. Como si de una explosión se tratase, un olor nauseabundo inundó sus fosas nasales. Era podredumbre pura, el mismísimo aroma de la muerte. Pero había algo en el olor que hizo comprender a Carmen la naturaleza del líquido viscoso en el que estaba bañada la bestia: un regusto metálico. El pelaje del lobo rezumaba sangre. Y lo que la aberración lupina lamía del sillón donde su marido se solía descalzar, era sangre también. Cuando Carmen comprendió ésto, el lobo giró la cabeza hacia ella y su boca se volvió una mueca grotesca, como la sonrisa de un muerto. En ese momento el mundo empezó a convulsionar.

Cuando recobró el conocimiento encontró a su marido zarandeándola mientras la llamaba por su nombre. La preocupación dio paso a la tranquilidad en los ojos de Pedro cuando Carmen despertó.

-¿Estás bien?, me has dado un susto de muerte -dijo el joven mientras besaba el rostro de su esposa-. Estabas gritando mucho...algo sobre un lobo. ¿Era una alucinación?

- Si...pero no era normal -dijo Carmen incorporándose-. Era un mal presagio...¡No puedes ir a la

casilla de Don Miguel!, algo malo va a pasar.

- No seas así, allí no hay lobos...además no lo hago por mi -contestó Pedro muy serio-. La gente en el pueblo se muere de hambre, las raciones son cada vez peores y escasas.

- ¡Pero ya hacía años que no tenía una visión!, esto quiere decir algo...no vayas por favor - suplicó la muchacha agarrando la mano de su marido.

- Tengo que ir, pero te prometo que volveré sano y salvo -intentó calmar Pedro a su esposa.

Y Pedro cumplió su promesa. Pero para cuando volvió a casa, la muerte ya lo tenía marcado...

4

Ese día se hizo muy largo para Carmen, pues la preocupación ocupó su mente toda la jornada. Incluso cuando fue a casa de su hermana a por algo de leche, ésta le dijo que estaba rara y le preguntó si habían vuelto las alucinaciones. Las visiones acompañaban a Carmen desde la infancia, así que su familia estaba más que enterada, al igual que todo el pueblo. Su padre la llevó al doctor que vivía en la plaza y éste le dijo que ese mal era cosa del cerebro. Le explicó que mientras la niña no se volviera agresiva o sufriera ataques, todo debería ir bien. Y el caso es que las visiones de Carmen no eran perjudiciales. A veces decía que un hermoso percherón la había llevado de paseo, pero había sido su padre que la cargaba en los hombros. Otras que un conejo bondadoso le había dado un caramelo, cuando había sido Don Eustaquio, un vejete de grandes orejas. Eran locuras totales, pero no dañinas. La mente de la niña simplemente daba forma a lo que tenía a su alrededor, moldeando la realidad según su estado de ánimo y su entendimiento de la vida. Cuando creció, estas visiones fueron cada vez menos frecuentes, y desde que se casó con Pedro, hacía dos años, no había tenido ninguna. Hasta aquella mañana. Y había sido una de las más angustiosas que había tenido jamás. Lo que más chocaba a Carmen es que esta alucinación fuera provocada por un montón de ruinas aisladas en mitad de la ladera de la sierra, abandonadas hace décadas por un señorito de nombre Don Miguel. No...no fue la casilla lo que invocó al lobo, fue el miedo al teniente Velasco.

La noche tardó en llegar una eternidad. Esperando sola en casa, Carmen contaba los minutos por horas. Ese lobo la había visitado por una razón, y el hecho de que lamiera la sangre de un sillón que sólo usaba su marido, indicaba que algo malo le iba a pasar. El Sol se escondió media hora antes de que Pedro entrara por la puerta, y la expresión con la que su esposo atravesó el umbral demostró lo acertado de la visión de Carmen. La cara pálida cual máscara mortuoria, los ojos hundidos en las cuencas, los labios tensos como cuerdas de guitarra. El rostro vivo de la preocupación. No dijo nada. Pasó junto a su esposa sin darle el beso de final de jornada y entró en el patio donde tenía un baño de agua limpia donde asearse. Carmen lo siguió con el alma en un puño, dispuesta a sacar a su

marido el motivo de este extraño comportamiento.

- Pedro, ¿ha pasado algo?-preguntó la muchacha muy bajito.

- No ha pasado nada -contestó Pedro mientras se frotaba los brazos con las manos mojadas.

- Me estás mintiendo -Carmen alzó un poco la voz-, ¿por qué no me cuentas qué pasa?

- Porque a lo mejor no tienes que saber ciertas cosas -contestó bruscamente Pedro. La muchacha lo miró apenada y Pedro suavizó su tono-. Hay cosas que es mejor no saber, por el bien de uno mismo. No te preocupes, mañana será otro día.

- ¿Y donde está Tomás?, no se ha parado a tomar su vasito de vino -preguntó la joven dando por acabado el tema anterior.

- Tomás se ha ido, Carmen, ya no lo vamos a ver más -contestó Pedro. Parecía que iba a romper a llorar-. Me voy a subir al cuarto, estoy cansado.

Carmen no detuvo a su marido. Lo conocía tan bien como para no insistir en sus preguntas.

Cuando la joven subió al dormitorio, Pedro estaba sentado en el sillón que esa misma mañana había lamido el lobo negro en su visión. Tenía la mirada perdida en el infinito y únicamente se había descalzado de una bota. La muchacha no dijo nada. Simplemente se puso su modesto camisón blanco y se metió en la cama. Ella sabía que debía dejar que su marido se aclarara y cuando lo hiciera ya le contaría todo lo que había sucedido... pero no tendría oportunidad.

Carmen escuchó como en un sueño el motor del camión que paró de madrugada delante de su casa. Años atrás, el sonido de este engendro de metal en la puerta de una vivienda era heraldo de penurias para la familia que la habitara. Éste también era el caso. El sonido del camión no la despertó del todo, pero el golpe seco que se escuchó en la planta de abajo sí que lo hizo. Todavía somnolienta pudo escuchar las pisadas apresuradas que subían por la escalera, y se incorporó del todo cuando una sombra ocupó el umbral de su dormitorio. “El lobo negro” pensó, pero la silueta que se dibujaba en el marco era humana.

- Aquí está -dijo la sombra que se recortaba en el umbral-, creías que no te habíamos reconocido ¿eh?-en cuanto Carmen escuchó esa voz, el zumbido que siempre precedía a las visiones apareció.

- Vamos a acabar con esto, no quiero que nos escuchen los vecinos- dijo una segunda voz. Dos siluetas más aparecieron detrás de la primera y el siniestro trío entró casi a la vez al cuarto. Carmen no pudo reconocerlos porque llevaban unas capuchas negras que les ocultaban el rostro.

- ¡Oye!, está aquí su mujer.- dijo la tercera silueta mientras avanzaban hacia Pedro que seguía sentado en el sillón.

- ¿Y donde iba a estar, imbécil?, ya contaba con ella -escupió la primera voz y mientras lo hacía

sacó una pistola que apuntó al rostro de Carmen. En ese momento la muchacha pudo ver un brillo verdoso en el lugar donde deberían estar los ojos debajo de la capucha-. Y gracias a que su mujercita está aquí, el metomentodo de su marido nos va a seguir sin hacer ruido, ¿verdad?

- No le hagáis daño, ella no sabe nada -dijo Pedro poniéndose en pie-, si queréis llevarme no pondré resistencia.

- Muy inteligente -rió la primera voz que parecía ser la del cabecilla-, si vienes no le pasará nada. Venga, montadlo en el camión.

Los otros dos obedecieron sin rechistar. Mientras cogían de los brazos a su marido, Carmen no podía reaccionar, ¿era una alucinación o estaba pasando de verdad?. Cuando su esposo pasó al lado de ella, le dedicó una de esas miradas que llevaban inscrito un “te quiero”, como la que le lanzó esa mañana desde el filo de la cama. Entonces entendió que aquéllo estaba pasando de verdad, ninguna visión podría acelerar su corazón como lo hacían aquellos ojos verdes. Fue en ese momento cuando su mente reaccionó e intentó levantarla de la cama para defender a su hombre.

- ¡Quietos malnacidos! ¡Dejad a mi marido en paz! -rugió Carmen con una potencia que ya querría para sí el mayor de los felinos.

- Ui ui ui, a la mudita le ha crecido la lengua -dijo el que parecía ser el jefe del trío invasor. El verde que rezumaban sus ojos era cada vez mayor-, tu marido te ha salvado, no hagas que me arrepienta de dejarte aquí.

- ¡Pedro no ha hecho nada, sólo trabajar en el campo de sol a sol! -gritó la mujer desesperada.

- Somos tres tipos encapuchados que vienen de madrugada a llevarse a un hombre de su lecho, ¿crees que nos importa algo la honradez de tu esposo? -preguntó el cabecilla del grupo mientras se guardaba la pistola y se encaminaba a la puerta dando la espalda a la muchacha.

- Pero tal vez si les importe que mañana vaya diciendo por el pueblo que el teniente Velasco, Pascual y Pepe el pescadero se llevaron a mi marido de noche -dijo Carmen totalmente recuperada. Ante esto, el encapuchado que parecía ser el teniente Velasco paró en seco y se dio la vuelta. Al quitarse la capucha, Carmen pudo ver como los ojos le hervían en un verde idéntico al que había visto en las cuencas del lobo negro.

-¿Como lo has sabido? -preguntó airado el guardia civil.

- Muy fácil, teniente. El único camión que hay en el pueblo es el que utiliza Pascual para llevar peñones a las obras de la carretera. A Pepe el pescadero lo he reconocido por el olor. Y a usted...a usted no sabría decirle -Carmen no podía contar que lo había reconocido por una alucinación.

- Mala jugada -dijo el teniente sacando la pistola-. Me has complicado la vida y eso no es bueno.

El guardia civil se fue acercando lentamente a Carmen con el arma desenfundada y se detuvo a un paso de ella. Entonces levantó la pistola por encima de su cabeza. En ese momento, la nariz de la joven se inundó de ese olor a sangre pútrida que había experimentado esa misma mañana cuando vio a la bestia lupina. “Huele a lobo” susurró Carmen antes de que la culata de la pistola se precipitara sobre ella y la sumiera en la más absoluta oscuridad.

Cuando Carmen despertó, el eco de dos voces retumbaba en la habitación. Un dolor punzante anidaba en su sien derecha y sintió un repentino mareo al levantar la cabeza para adivinar donde se encontraba. Lo que vio cuando exploró el lugar fue una pequeña habitación blanca de forma rectangular. No había ventanas y la luz la proporcionaba una bombilla con más ganas de morir que de alumbrar. En el centro de la estancia estaba ella, sentada en una silla y con las manos esposadas a la espalda. Todavía llevaba puesto su modesto camisón. No había nada más en la habitación salvo un cuadro del caudillo colgado al lado de la puerta.

Las voces que escuchaba Carmen se acercaban por el pasillo. Eran dos hombres: uno era Velasco y el otro debía de ser el cabo Ramírez...”primo Antonio” lo llamaba ella antes de que entrara en el Cuerpo. Discutían sobre el motivo de su detención, cuando la puerta se abrió.

- Me resulta raro, señor, Pedro nunca tuvo nada que ver con los comunistas -dijo el cabo Ramírez posando su mirada sobre Carmen-, ni siquiera fue a la guerra.

- Pero su padre y su hermano sí -reprochó Velasco al joven guardia-, murieron los dos en el Ebro.

- ¿Y qué pruebas hay de que Pedro haya huido con los rebeldes? -preguntó Antonio.

- Dos personas lo han visto de madrugada salir del pueblo con un comunista reconocido -contestó el guardia civil veterano-. Además, ¿desde cuándo respondo yo ante ti? Si digo que esta mujer es esposa de un rojo, tú te callas y le pegas una buena ostia...como ésta -Carmen no esperaba el golpe y la cabeza le rebotó en el cuello causándole un dolor inmenso en las cervicales-. Y ahora vete que tengo que interrogarla. ¡Viva España!

-¡Viva España!- se cuadró el cabo y mirando a su prima con lástima, salió por la puerta.

- Bueno Carmen, Carmencita, Carmen...-empezó a susurrar el teniente Velasco cuando se aseguró de que el cabo se había alejado por el pasillo-. ¿Qué vamos a hacer contigo? Mira, a decir verdad no quiero lastimarte, bastante ruido hemos hecho ya. Pero para soltarte tengo que estar seguro de que tu versión de los hechos es igual que la mía, ¿entiendes?

- ¿Y cual es su versión? -preguntó Carmen ya recuperada del todo.

- Pues la “verdad”-dijo el teniente poniendo comillas con los dedos índice y corazón de ambas manos-. Que tu marido se ha ido con los rojos y te ha abandonado aquí a tu suerte.

- ¿Que habéis hecho con él? -el zumbido inundó la cabeza de Carmen justo cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. El olor a sangre pútrida no tardó en llegar.

-¿Nosotros? Nada, ya te lo he dicho. Tu marido ha huido como un cobarde comunista que es, y te ha dejado sola -contestó Velasco fingiendo inocencia-. Pero si confieras y das por buena esta “verdad”, tu vida será más fácil, pues yo sé ayudar a las hijas de ésta nuestra patria.

- Nunca, maldonado -dijo la muchacha apretando los dientes y dirigiendo al teniente la mirada más fiera que nunca le habían dedicado-. A mi marido lo sacasteis de casa en plena noche y lo montasteis en un camión...y todo tiene que ver con la casilla de Don Miguel -al pronunciar el nombre de la casilla, el rostro del teniente se contrajo y la ira apareció verde en sus ojos.

- Entonces tendremos que tratarte como una roja, que es lo que eres -dijo el teniente sacando del cinto un bote de cristal y unas tijeras-. Si no puede ser por las buenas, vas a olvidar el nombre de esa casilla por las malas.

- No lo olvidaré ni tomando todo el ricino de España -desafió la muchacha.

- Bueno, con que la gente recuerde lo loca que estás, para mí es suficiente -el rostro del teniente se desdibujó de repente y se convirtió en la horrenda cabeza del lobo negro-. Todo el pueblo sabe de tu demencia, y el que no lo sepa, lo sabrá...

5

Aquella mañana, cuando Carmen sintió la luz del sol en el rostro, hacía ya una semana que se habían llevado a su marido. Al salir del cuartel notó el aire cálido que golpeaba su cuero cabelludo otrora protegido por una larga melena de color castaño. Entonces empezó la caminata que la llevaría a su casa, pero no sin antes pasar por la plaza del pueblo. Caminaba escoltada por el teniente, que iba delante de ella, y por su primo Antonio que iba detrás. Mientras andaba por las calles del pueblo, la gente se paraba un momento a mirar y enseguida agachaba la cabeza. Algunos reprimían una mueca de asco, pero era pena lo que se veía en el rostro de la mayoría. Pena porque a la pobre muchacha se le había ido la cabeza del todo, al enterarse de que su marido la había abandonado por los comunistas. Teniendo en cuenta su aspecto actual, Carmen entendía muy bien a las personas que creían esa versión. Mientras caminaba pensando en esto, una arcada le vino súbitamente a la garganta. El cuerpo le ardía por dentro debido al banquete de aceite de ricino que Velasco le había servido. Su estómago era como una bomba hidráulica que quisiera vaciarla por dentro, y contagiaba este ímpetu a la parte baja del vientre. Vomitaba y ensuciaba casi a la vez, manchando totalmente el raído camión blanco que todavía llevaba. Su cuerpo se desbordaba por todos los orificios posibles, tal era el efecto del atracón de purgante. Aquella sensación era infinitamente peor que las palizas sin

marca que propiciaba la manta mojada. Ésta le había visitado todos los días de su cautiverio, mientras el lobo negro le preguntaba una y otra vez dónde estaba su marido. Cuando contestaba que lo habían matado por ir a la casilla de Don Miguel, los golpes aumentaban en intensidad. La manta no dejaba marcas, pero repartía los golpes por todo el cuerpo dejándolo molido en su totalidad. Y lo peor era al final, cuando Velasco se cansaba de golpear y, frustrado, le daba de beber el amargo líquido que licuaba sus tripas. Carmen hubiera preferido dos horas más de manta a cinco minutos de ricino. Éste estaba actuando mientras se dirigían a la plaza del ayuntamiento, donde a aquellas horas estarían la mayor parte de los habitantes de Villalegre. Enfilaron la calle estrecha que daba a la plaza cuando era justo medio día. El zumbido se mezclaba con los pensamientos de Carmen, que ya no sabía qué era real y qué era producto de su mente. Durante su cautiverio, las visiones se sucedían con tanta frecuencia que no podía diferenciar la realidad de las alucinaciones. Su Pedro la visitaba a menudo en la celda y le decía que detuviera aquel sufrimiento de una vez, que siguiera la versión de Velasco y éste la dejaría en paz. Ella le decía que él no era su marido, que sólo era la debilidad en su mente que la quería convencer de que se rindiera. No lo haría nunca, pues la amparaba el arma más grande que existe en este mundo: la verdad.

La plaza era un hervidero de actividad rural cuando la comitiva entró en ella. Carmen pudo ver a las personas del pueblo desempeñar sus actividades como si aquél fuera un día normal. Pero en verdad aquel día tenía mucho de insólito. La gente enmudecía al ver a Carmen, y la lástima ocupaba los ojos de las personas que se cruzaban con ella. Pero nadie decía nada, todo el mundo tenía miedo.

Carmen fue dándole la vuelta a la plaza muy lentamente hasta que llegó a la calle Granada, por donde debía continuar hacia su casa. Fue entonces cuando vio a aquel grupo de hombres que sonreía. No reconoció a la mayoría de ellos, pero sí a dos en concreto. Eran Pascual y Pepe el pescadero. La visión de este aquelarre de malnacidos intensificó el zumbido en su cabeza hasta tal punto que tuvo que cerrar los ojos para calmar la vibración que castigaba su mente. Cuando los abrió, todo había cambiado.

Lo que antes era la gente humilde de su pueblo, ahora era un rebaño de ovejas escuálidas que pastaba trabajosamente en un prado esquilmado. Los pobres animales buscaban desesperadamente un brote tierno que comer, y sólo escarbando penosamente en el polvoriento suelo, podían echarse a la boca algún tallo verde. Pero al mirar bien, Carmen pudo ver cómo algunas de estas ovejas mordían a sus compañeras con unos colmillos amarillentos semejantes a los del lobo negro. Eran la parte del rebaño que subsistía robando la vida al resto de sus compañeras. Hienas camufladas entre las ovejas que sin duda eran los esbirros del lobo. Carmen se sintió tan abrumada por la visión que

tuvo que detenerse. Entonces empezó a gritar del tal forma que todo el mundo en la plaza la oyera:

-¡Gente de Villalegre! ¡El teniente aúlla y el miedo os atenaza!¡No dejéis que sus esbirros os consuman, ellos son débiles sin vuestro temor! -el lobo negro se giró de repente y el olor a sangre pútrida se coló en la nariz de Carmen- ¡huele a lobo! ¿No lo notáis? ¡Huele a lobo en Villalegre!- no vio venir el golpe que la dejó inconsciente. Ni siquiera le dolió demasiado...sería la costumbre.

Al despertar, Carmen estaba tumbada en su cama. Por un momento creyó que todo había sido un mal sueño, pero cuando se incorporó y vio a su primo sentado en el sillón, la idea desapareció.

- ¿Estás bien?-preguntó Antonio muy bajito.

- Nunca volveré a estar bien -dijo Carmen con tono de reproche-¿Que haces aquí?

- Velasco me ha mandado que te traiga -contestó el joven guardia civil agachando la cabeza-. Y estaba esperando que despertaras.

- Pues ya estoy despierta, puedes irte a lamer el trasero a ese malnacido -la muchacha señaló la puerta y un dolor punzante acompañó al movimiento.

- Sí, me iré, pero deja que te diga una cosa -dijo Antonio inclinándose en el sillón-. Déjalo estar. No armes ruido y sigue con tu vida.

- ¿Que siga con mi vida?-la muchacha apretó los dientes para contestar- Mi vida se la llevaron de noche por esa puerta. Y no voy a parar hasta saber a dónde.

- Por favor, Velasco acabará por matarte. Deja que las cosas se arreglen, ya te digo yo que todo irá mejor -el tono del cabo daba a entender que había algo que no podía explicar.

- No me fio de nadie. En cuanto me recupere, iré a la plaza todas las mañanas a gritar al pueblo lo que pasó ese día -dijo Carmen con la convicción dando fuerza a sus palabras-, y hasta que no me digan donde está Pedro no voy a parar. Antes acabo con todo el ricino de Andalucía que rendirme.

Antonio se levantó del sillón negando con la cabeza. Se aproximó a su prima y le dio un beso en la frente. Acto seguido se dirigió a la puerta y desapareció de la vista de la muchacha.

6

Los siguientes años de Carmen fueron una repetición tras otra de la semana que pasó en el cuartel. Después de recuperarse de las heridas de la estancia anterior, Carmen iba a la plaza a gritar la historia de lo que pasó la noche que se llevaron a su marido. El teniente Velasco la observaba desde la puerta del ayuntamiento hasta que acababa de gritar, mirándola como un depredador a su presa. El odio verde brillaba en sus pupilas. Por la noche iba a buscarla a su casa para llevarla al cuartel y someterla a las mismas torturas. Pasada una semana, le hacía hacer el mismo paseillo que la primera vez y la dejaba en su casa. Cuando se recuperaba de las heridas, volvía a empezar el ciclo.

La gente del pueblo nunca le hizo caso. Todos creían que estaba loca y que la historia que contaba sólo era un cuento que ella se había montado para no afrontar que su marido la había abandonado. Los únicos que hablaban directamente con ella, sin contar al lobo negro, eran su hermana y su primo. Su hermana le llevaba de comer y de beber los días que Carmen se estaba recuperando de su estancia en el cuartel. Sólo hablaban del tiempo y de banalidades así. Carmen nunca quiso meter a su hermana en el brete de preguntarle si ella le creía, pues no era justo. Muchas veces ni ella misma sabía si estaba haciendo lo correcto. Pero en esos momentos de duda, Carmen siempre pensaba en lo que haría su Pedro. Y teniendo la verdad de su lado, Pedro hubiera aguantado más de mil años de mantas de palos y más de mil litros de aceite de ricino.

Antonio no estaba de acuerdo con ella. Él pensaba que Pedro habría dado su vida tres veces por dejar de verla sufrir. En los periodos en que su prima se estaba recuperando, el cabo iba a visitarla a menudo y Carmen llegó a la conclusión, por las charlas que tenía con él, de que Antonio no tenía nada que ver con la desaparición de su marido. Si le insistía una y otra vez en que dejara de lado su loca misión, era porque se preocupaba por ella. Carmen tenía la sensación de que el cabo le ocultaba algo, pero estaba totalmente convencida que no era para encubrir al teniente Velasco. Era otra cosa. Fue en un día de primavera, cuatro años después de la desaparición de su marido y muchas visitas al cuartel, cuando Carmen descubrió qué era lo que ocultaba su primo.

7

Esa mañana hacía casi dos semanas que había salido por última vez del cuartel. Esta estancia había sido realmente dura, y hubo momentos en los que Carmen llegó a creer que el lobo negro iba a matarla. Pero después de doce días de descanso estaba como nueva. Mientras cogía una rebeca del armario, alguien llamó a la puerta. Era raro porque no esperaba visita. Cuando abrió la puerta, lo primero que vio fue un uniforme de guardia civil, lo que hizo que el olor a sangre pútrida acudiera a su nariz. Pero desapareció cuando reconoció a su primo detrás del traje.

- Ven conmigo -dijo Antonio con una sonrisa en los labios y un periódico bajo el brazo.
- Todavía no he hecho nada...-Carmen dudó un momento al ver la expresión de su primo.
- No vamos al cuartel, tonta. Vamos a la casilla de Don Miguel.

Las ruinas que quedaban del cortijo del señorito Don Miguel estaban justo en mitad de la ladera de la sierra, incrustadas en un encinar viejo. Después de caminar toda la mañana, Carmen y el cabo Ramírez llegaron a un pilar que estaba a las puertas de la casilla. Del gran cortijo que una vez fue aquel montón de piedras, sólo quedaba en pie una pequeña estructura en mitad del complejo.

Antonio se paró en aquel pilar para beber agua y cuando hubo terminado se dirigió a su prima:

- Por fin estamos aquí -dijo el muchacho con un tono de alegría contenida.

- No te andes con rodeos, ¿me has traído para matarme?-la muchacha preguntó sin miedo.

- ¡No!- contestó horrorizado Antonio- he venido para enseñarte ésto -el cabo mostró el periódico a la muchacha, que lo miró extrañada-. Es verdad, no sabes leer. Te lo leo yo.”Desmantelada en la provincia de Córdoba la mayor organización corrupta a nivel nacional dedicada al estraperlo”- Carmen lo miró con cara de no entender, por lo que el cabo buscó con la mirada en el periódico y siguió leyendo- “...uno de los almacenes principales se encontraba en unas ruinas cercanas al municipio de Villalegre. El principal responsable de dicho almacén era el teniente de la guardia civil de la localidad, Baldomero Velasco Muñoz. Él y algunos vecinos, robaban parte de las raciones que correspondían a los municipios de la zona y las vendían a personas acaudaladas de la capital.” -al escuchar ésto, Carmen cayó de rodillas en el pedregoso suelo del pilar. Su estomago se encogía con la presión de una felicidad que no sentía desde hacía años. Sus ojos se llenaron de lágrimas que por una vez sabían a alegría y no a desesperación.

- Entonces...¿por eso lo mataron?-la pregunta salió sola de la boca de la muchacha.

- Sí. El día que Pedro y Tomás vinieron aquí, vieron al teniente y los otros cargando un camión. Cuando Velasco les dio el alto, los dos echaron a correr y el malnacido se lio a tiros. Mató a Tomás y después fue a por tu marido.

- ¿Y por qué me traes aquí para decirme esto?-preguntó Carmen mientras lloraba desconsolada.

- Porque Pedro está enterrado allí - Antonio señaló hacia la fachada derruida del cortijo.

- No puede ser -dijo la muchacha echando a correr hacia donde había señalado su primo. Cuando llegó a un punto donde la tierra parecía haber sido removida, cayó de rodillas presa de las lágrimas. El llanto de Carmen hizo que las mismas entrañas de la sierra se estremecieran. Los pájaros posados en las encinas huyeron horrorizados por la pena, y el tiempo se detuvo en aquel trozo de tierra maldito. Antonio siguió a su prima y cuando se hubo calmado, posó una mano en su hombro.

- Lo siento mucho, Carmen -dijo el cabo con los ojos húmedos-. Pero hay algo más que debo decirte, y no te va a gustar. No puedes...llevarte a Pedro de aquí -las últimas palabras salieron a trompicones de la boca del cabo. Ante esta revelación, Carmen levantó la mirada y sus ojos pedían a gritos una explicación-. Ésto es una fosa republicana y no se puede tocar. No he podido convencer a los peces gordos de la capital que me han ayudado estos cinco años de investigación. Han cedido en muchas cosas durante este tiempo, e incluso logré que aceleraran la detención de Velasco...pero en ésto se han plantado. No se puede desenterrar a nadie de aquí.

- No estoy de acuerdo...pero si me acompañas todas las semanas a verlo y a traerle flores, no

escucharás quejas -contestó Carmen mientras su primo asentía-. Quiero hacerte una última pregunta. ¿que le pasará a Velasco y a los demás tipejos?

- Con las pruebas que he ido recabando y la cantidad de dinero de la que estamos hablando, les condenarán por traición a la patria, así que fusilamiento -contestó tajante Antonio-. Por eso la detención ha venido tantos años después de empezar a investigar. No es fácil condenar a un guardia civil en ésta nuestra España. Pero el régimen es justo y los maleantes al final pagan.

- No me hagas reír en la tumba de mi marido. Este país está podrido. Un régimen que da poder a delincuentes, es un régimen malvado y por lo tanto no puede ser justo. ¿Y sabes cuál es su mayor éxito? Hacer creer a gente buena como tú que no están viviendo bajo un gobierno cruel -Carmen agachó la cabeza para mirar la tierra donde Pedro descansaba y una lágrima rodó por su mejilla para regar el suelo bajo el que descansaba su amor. Fue la primera de las muchas que Carmen derramó a lo largo de las incontables visitas que hizo a la tumba de su marido con el paso de los años. Hasta que los huesos que sujetaban su cuerpo le impidieron subir hasta la casilla de Don Miguel.

8

La televisión estaba encendida cuando Carlos entró en la cocina. Marta estaba apoyada en la encimera bebiéndose un café con cara de indignación. Seguro que otra vez había salido en las noticias alguna referencia a la polémica de la aplicación de la ley de memoria histórica. Y es que desde la muerte de doña Carmen, hacía ya dos años, su esposa estaba obsesionada con la fosa de la casilla de Don Miguel. Después de hacer su trabajo de final de carrera con la historia de la anciana, Marta había seguido visitando a la mujer semana tras semana, haciendo que entre las dos surgiera una relación que recordaba a la de una nieta y su abuela. Cuando Carmen le confesó que su última voluntad era que al morir enterraran a su marido junto a ella, Marta se estudio la nueva ley de memoria histórica concienzudamente. Con la llegada del último gobierno, la ley quedó congelada por la falta de fondos y el proyecto de desenterrar a Pedro quedó en el aire. Al morir Carmen, Marta siguió esta misión en solitario.

- ¿Qué te pasa cariño? -preguntó Carlos a su esposa. Ésta le contestó señalando el televisor.

Carlos se quedó mirando fijamente la televisión, hasta que apareció en pantalla la repetición de las declaraciones de un miembro del gobierno sobre los familiares de las víctimas del franquismo. En ellas, el tipo decía algo así como que algunos se habían acordado de sus padres cuando había subvenciones para buscarlos. Apretando los dientes, Marta susurró:

- Huele a lobo.¿No lo sientes Carlos?, todavía huele a lobo en España.

-Fin-